

1

EL PROBLEMA DE LA ESTUPIDEZ

La estupidez es un problema feo. Siempre me ha fascinado la estupidez del ser humano. La mía propia, por descontado; pero también todas aquellas clases de actitudes necias y errores detestables que echan a perder tantas horas de nuestra vida cotidiana, generando no poca angustia.

Pero el asunto empeora todavía mucho más cuando uno halla ocasión de averiguar de qué manera las personas poderosas e influyentes deciden y actúan en lo relativo a temas que conllevan consecuencias a gran escala (y largo plazo). Es habitual que atribuyamos la culpa de las malas decisiones a la perversidad intencionada, el egoísmo, la astucia páfida, la megalomanía, etcétera. Y ahí están, desde luego, en cantidades asombrosas. Pero cualquier estudio atento de la historia, al igual que la observación de los hechos actuales, nos conduce hasta una conclusión invariable: la principal fuente única de errores terribles es la pura y simple estupidez.

Es un hecho que sin duda se le alcanza en seguida a cualquiera que haya tenido ocasión de prestar atención al tema. Se resume con eficacia en la Navaja de Hanlon: «No atribuyas nunca a la malicia lo que se puede explicar adecuadamente con la estupi-

dez». Este concepto básico lo confirmó Robert Heinlein en una afirmación aún más simple y breve: «No subestimes nunca el poder de la estupidez humana».¹

Cuando la estupidez se combina con otros factores (como ocurre con bastante frecuencia), los resultados pueden ser devastadores. Son muchas las situaciones en las que la necesidad humana es origen de una serie de hechos que se combinan y complican cada vez más; sus efectos pueden resultar divertidos... hasta que descubrimos que son trágicos. En otros casos, la estupidez no es el origen del problema, pero toda clase de comportamientos estúpidos lo agravan e impiden aplicarle soluciones efectivas.

Un hecho que me sorprende (¿me sorprende en realidad?) es la muy escasa atención crítica dedicada a estudiar un tema tan importante como este. Hay departamentos universitarios para la complejidad de los movimientos de las hormigas amazónicas o la historia medieval de la minúscula isla de Perín, en el mar Rojo; pero no conozco fundación ni consejo alguno que preste su apoyo a la ciencia de la estupidología.²

Hallaremos varios comentarios y diversas descripciones de hechos que nos pueden ayudar a entender el problema en libros de todas las épocas, pero son muy pocos los estudios que afrontan esta cuestión en profundidad.

Uno que leí en mi adolescencia, pero no he olvidado nunca, es *A Short Introduction to the History of Human Stupidity*, de Walter B. Pitkin, profesor de la Universidad de Columbia; el libro se publicó en 1932.³ Lo encontré por casualidad —hace ya muchos años— mientras curioseaba por viejas estanterías; por fortuna, todavía lo conservo. No ha perdido nada de utilidad. Ochenta años más tarde, algunas de las observaciones del profesor Pitkin se antojan todavía extraordinariamente correctas.

Antes incluso de leer el libro, sin embargo, hay una pregunta obvia. ¿Por qué denominó «breve introducción» a un libro de 300 páginas? Al final se anuncia: «Epílogo: Ahora estamos listos para comenzar a estudiar la Historia de la Estupidez». Y nada sigue. El profesor Pitkin era un hombre sabio. Era consciente de que toda una vida no basta para cubrir ni siquiera un fragmento de un tema tan amplio, de forma que publicó una introducción y nada más.⁴

En una de sus observaciones, Pitkin afirma que es difícil estudiar la estupidez porque nadie cuenta con una definición lo suficientemente buena de qué es. De hecho, es frecuente que los genios sean considerados estúpidos por una mayoría estúpida (aunque nadie posee tampoco una definición buena del «genio»). Aun así, es evidente que la estupidez existe y nos rodea con una intensidad muy superior a la que se apunta en nuestras peores pesadillas. En realidad, la necedad mueve el mundo, hecho claramente demostrado por la forma en la que el mundo se mueve. (Véase el capítulo 10, sobre «La estupidez del poder».)

Cinco años más tarde, en 1937, también Robert Musil, en su breve conferencia «Sobre la estupidez»,* llamó la atención sobre la escasez de estudios dedicados al «vergonzoso dominio que la necedad tiene sobre nosotros» y comentó con desencanto que había encontrado «un número increíblemente escaso de predecesores atentos a esta cuestión».

En años recientes, la bibliografía sobre la estupidez es algo menos exigua. Pero aun así, todos los autores que la han exami-

* Recogida en Robert Musil y Johann Eduard Erdmann, *Sobre la estupidez*, trad. de Francisco de Lara López; Abada, Madrid, 2007. (N. del t.)

nado con un mínimo de atención se topan con la falta de estudios sobre el tema.

Cuando nos esforzamos por comprender la estupidez, lidiamos con un tema apenas estudiado, raramente entendido y abrumadoramente evitado, porque resulta incómodo e inquietante (como veremos en el capítulo 28). Se diría que todos sabemos que somos estúpidos, pero nos violenta reconocerlo. Sin embargo, jamás solventaremos el problema si nos entregamos al miedo o fingimos que no existe. Aventurémonos pues en el peliagudo pantanal de la necesidad humana, a ver qué podemos averiguar.

La estupidología consiste, en lo esencial, en intentar comprender por qué las cosas salen mal y cómo la estupidez humana causa la mayoría de nuestros problemas. Pero incluso en los casos en los que la necesidad no es la causa original de un contratiempo, las consecuencias de este empeoran debido a la estupidez de nuestras reacciones y a la torpeza de nuestros intentos de hallar una solución.

Se trata de un análisis esencialmente diagnóstico, no terapéutico.⁵ En su concepto más básico nos indica que, si logramos comprender cómo funciona la estupidez, tendremos más oportunidades de controlar sus efectos.

No podemos derrotar para siempre a la necesidad, porque es parte de la naturaleza humana. Pero su impacto puede ser menos dañino si, sabiendo que se esconde y amenaza en cualquier parte, entendemos cómo funciona y, con ello, logramos que no nos pille totalmente por sorpresa.

Algunos lectores quizá piensen que es demasiado pronto, todavía en el primer capítulo, para citar a algunas voces interesantes al respecto de la estupidez. Yo creo, sin embargo, que es un buen lugar, no ya solo para «otorgar crédito» a quienes lo merecen, sino —lo que es más importante— para empezar a situar el entorno preciso en el que desarrollar, en el resto del libro, un tema que por lo general se subestima o malinterpreta.

En los capítulos 5 y 6 nos ocuparemos de las importantes contribuciones de dos autores brillantes, Cyril N. Parkinson y Laurence Peter, quienes no escribieron sobre la necesidad pero nos ayudan a comprender «por qué fallan las cosas». Y el capítulo 7 versa sobre las leyes básicas de la estupidez humana, según las definió Carlo Cipolla.

No cabe duda de que al respecto hay también aportes notables de Scott Adams, tanto en las famosas tiras cómicas de «Dilbert» como en los libros que ha dedicado a los fallos de las organizaciones. Incluyo *The Dilbert Future: Thriving on Business Stupidity in the 21st Century* (1997),* que no es un ensayo sobre la estupidez ni un ejercicio de predicción, sino una descripción —irónica y aguda— sobre la decadencia estructural y cultural de las empresas.

Una excepción a la escasez general de estudios académicos es *Stupidity*, de Avital Ronell (Universidad de Illinois, 2003). La autora confirma un hecho básico: es difícil definir la estupidez y apenas se la comprende. «Ligada en lo esencial a lo infatigable, la estupidez también es lo que cansa al conocimiento y desgasta a la historia.» Este es un problema grave. «Ni patología ni síntoma como tal de una deficiencia moral, la estupidez, sin embar-

* *El futuro de Dilbert: cómo prosperar en el siglo XXI gracias a la estupidez*, traducción española de Martín Perazzo, Granica, Barcelona, 1999. (N. del t.)

go, se relaciona con los fallos más peligrosos de la conducta humana.»

La estupidez, según dice Robert Sternberg en el prefacio a *Why Smart People Can Be So Stupid* (Yale, 2002),* es un tema

que la inmensa mayoría de la teorías psicológicas, incluidas las teorías de la inteligencia, parecen pasar por alto. El mundo apoya con muchos millones de dólares una industria de la inteligencia y la capacidad investigadora, pero apenas dedica nada a determinar por qué esta inteligencia se derrocha al realizar actos de una estupidez pasmosa increíble.

De resultas de ello, no comprendemos bien la naturaleza ni la conducta humanas. «No podemos comprendernos de verdad a nosotros mismos sin entender la estupidez y si comprendemos la estupidez, nos entenderemos a nosotros mismos.»⁶

Esto lo explica aún mejor James Welles. En 1986 publicó una primera edición de *Understanding Stupidity*, que amplió en 1990.⁷ Al igual que Pitkin y Musil cincuenta años antes, considera que la estupidez es uno de los temas menos analizados y comprendidos en el estudio de la historia de la cultura humana. Welles define el problema con notoria claridad:

Mientras los estudiosos del comportamiento humano han hecho caso omiso, deliberadamente, de nuestra estupidez galopante, son muchos los que han hecho carrera machacando el tema de la inteligencia. Cabría llenar habitaciones enteras con los libros escritos so-

* *Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas*, trad. Elena Recasens, Crítica (Ares y Mares), Barcelona, 2003. (N. del t.)

bre esta cuestión, hasta el punto de que ni siquiera es posible estar al día de toda la bibliografía científica al respecto. Sin embargo, por vasta que sea esa bibliografía, conduce hasta una conclusión abrumadora: nadie sabe qué es. Lo único que sabemos sin lugar a dudas es que, sea lo que sea la inteligencia, no es lo que detectan los tests de inteligencia. Así pues, incluso si en verdad somos inteligentes, no lo somos lo bastante como para saber qué es la inteligencia, con lo que no sabemos ni quién somos ni qué somos.

Aunque es comprensible que se deba dedicar tanto empeño y energía al estudio científico de la inteligencia, no deja de resultar extraño constatar que se olvida por completo el fenómeno de la estupidez, mucho más común, ciertamente peligroso y de potencia devastadora. Uno podría llegar a leer toda la bibliografía de las ciencias sociales sin hallar ni una sola referencia al respecto. A lo sumo, se la desprecia como contrario de la inteligencia, pero con esto solo se consigue arrojar más sombra sobre la cuestión.

No cabe duda de que un tema de tanta importancia merece que se lo estudie por propio derecho.

En otras partes de este libro veremos cómo y por qué se pasa por alto el problema de la estupidez, se lo malinterpreta o simplemente se lo descarta por ser una «tontería».⁸

El hecho es que, a medida que nos adentramos en la cuestión, lo hacemos por un territorio sin mapas. Pero la exploración de estas tierras ignotas puede resultar de lo más interesante y, además, cuando empecemos a comprender cómo funciona la estupidez, contaremos con el alivio de estar mejor preparados para lidiar con su insidioso poder.

No es tarea fácil. Pero a juzgar por los comentarios de muchos lectores (del libro italiano y del material disponible en la red, en varios idiomas, que se ha ido ampliando y desarrollando durante trece años), el libro que el lector tiene ahora entre las manos ofrece algunos puntos de vista útiles.

Los capítulos iniciales son introductorios, porque es preciso explicar algunas premisas antes de alcanzar el núcleo de la cuestión. En cualquier caso, este libro se puede leer de dos maneras: de la primera página a la última, o bien eligiendo los temas de acuerdo con la curiosidad e inclinación personal, para luego explorar el resto a partir de ahí.

Con cierta frecuencia, los lectores me comunican que el principio los intriga tanto como los desazona, pues los obliga a comprender hasta qué punto es grave este problema, en realidad. Pero al continuar con la lectura recobran los ánimos, no porque la experiencia de «vivir con» la estupidez pueda llegar a ser agradable, sino por la percepción progresiva de cómo podemos entenderla y, con ello, ir reduciendo su ubicuo poder.

2

ESTUPIDEZ Y BIOLOGÍA

Aunque no es una enfermedad, la estupidez se difunde como un virus; más en general, se multiplica al igual que cualquier ser vivo. Sin embargo, en un entorno biológico básico, el «problema de la estupidez» no existe. El proceso se basa en la producción de una cantidad extraordinariamente numerosa de mutantes «necios». Solo muy pocos —los «más aptos»— sobreviven, eso es todo. Desde este punto de vista, lo que vemos como una catástrofe no es sino otra variación dentro del curso «natural» de los acontecimientos. Los botánicos consideran que los fuegos destructivos ocasionales son un paso necesario, deseable incluso, de la evolución de un bosque. Es de creer que los millones de seres vivos que mueren en el proceso no estarán de acuerdo con la idea, pero su opinión resulta irrelevante.

Desde esta perspectiva, las soluciones son simples y muy eficaces. Si se produce una superpoblación, todo lo que se necesita es otra epidemia de peste (o cualquier otro mecanismo de exterminación de masas que no interfiera en exceso con el medio ambiente) que cause la muerte del 90 por 100 de la humanidad. Es probable que el 10 por 100 restante, en cuanto se recupere del

choque, considere bastante agradable el entorno resultante. También es probable que sean seres genéticamente similares y compartan rasgos específicos de aspecto y actitud. Si todos tuvieran el pelo verde, ojos rosas y preferencia por el tiempo lluvioso, pronto pasarían a considerar a aquellas personas (extintas) con cualquier otro color de ojo o de pelo, o preferencia por el tiempo soleado, como gente extraña e «inferior»; sus libros de historia —resistentes a la humedad— nos tratarían como tratamos nosotros a los neandertales.

La destrucción o esterilización de nuestro planeta, ya fuera fruto del poder nuclear (o químico) de creación humana, o quizá producto de la colisión con algún asteroide errante, sería un detalle irrelevante desde una perspectiva cósmica. Y si ocurriera antes del desarrollo de los viajes y la colonización espacial, la desaparición de nuestra especie (junto con el resto de la biosfera terrestre) no causaría ni un leve pestañear dentro del conjunto de nuestra galaxia.

Sin embargo, en el medio biológico particular que ciertas especies (como la nuestra) disponen, el sistema se basa en dar por sentado que el medio puede —y debe— ser controlado; y que todos los individuos de nuestra especie (y de otras especies que «protegemos») deberían poder vivir por más tiempo y con más agrado de cuanto obtendrían en un medio no controlado. Para eso se requiere una variedad particular de «inteligencia» organizada. En consecuencia, la estupidez, en esta etapa y en esta clase de medio evolutivo, resulta extremadamente peligrosa.

Al parecer, hay quien piensa que la decadencia es irreparable y que por algún terrible azar de la evolución, la estupidez impera ya por completo. Sin duda, abundan los hechos inquietantes que parecen confirmar esa idea. Este libro aspira a comprender si se puede evitar aún la catástrofe extrema y de qué forma sería posible.

Podría ser demasiado largo y complejo entrar en el debate científico (con frecuencia inútil, pero a veces ilustrativo) sobre la inteligencia de la biología o la biología de la inteligencia. Cabe afirmar, según sea el punto de vista, que la evolución es inteligente... o estúpida. Son las mismas contradicciones que cabe hallar en el estudio de las culturas humanas.

Sobre esta cuestión hay otra observación interesante de James Welles. La arqueología se dedica, principalmente, a buscar inteligencia; es decir, aquello que desde el origen de nuestra especie diferencia al *Homo sapiens* de los otros humanoides que (según nuestros criterios) parecen poseer una capacidad de pensamiento menor. O, en tiempos no tan remotos, hallar hechos que muestren «progreso»: mejoras en la técnica, la ciencia o la organización social. La disciplina de la historia, por otro lado, es una colección inagotable de fallos y errores, en suma: una celebración infinita del poder de la estupidez.

El mismo autor ha llamado la atención sobre el carácter ambivalente de la herencia cultural. La tradición es una acumulación de conocimientos y experiencias útiles. Pero también es la rigidez anquilosada de los prejuicios, la superstición, las costumbres, el dogmatismo, las restricciones y la obediencia, que entorpecen el conocimiento y son, con frecuencia, las raíces de la necesidad.

No solo en la evolución científica y filosófica nos vemos obligados a elegir, sino también en la vida cotidiana. ¿Qué parte del saber obtenido con la experiencia debemos retener, y qué debemos aprender a partir de nuevos estímulos, o quizá de cosas que ya conocemos pero aún no hemos comprendido tan a fondo como podríamos? Tenemos que hacer las dos cosas, siempre que se presenta la oportunidad. Es mucho lo que podemos aprender al combinar la experiencia con la curiosidad. Estudios recientes

en el campo de la paleoantropología nos ayudan a entender que, en el origen de nuestra especie, en las culturas humanas más «primitivas», había estructuras sociales coherentes y cohesivas.¹ Hay valores hondamente arraigados en la naturaleza humana que pueden reducir la estupidez y contrarrestar sus efectos con eficacia. El problema es cómo dar con ellos y hacer que funcionen en las turbulencias y complejidades del día de hoy.

Sería sin duda demasiado difícil, muy largo y tirando a aburrido entrar en un debate sobre la naturaleza de la inteligencia. Las controversias teóricas se complican sin fin y con frecuencia no llegan a ninguna conclusión. Pero hay un hecho que sí es relevante: carece de sentido definir la inteligencia como algo solo lineal o lógico; y no es menos erróneo descalificar como estúpido todo aquello que no parece poder explicarse plenamente mediante el pensamiento racional.

No podemos separar razón y emoción, lógica e intuición. Se han dado grandes pasos en el conocimiento (y la ciencia) gracias a percepciones intuitivas que no encontraron una explicación «racional» precisa hasta más adelante. La experiencia cotidiana también demuestra que la intuición puede ser más rápida y más eficaz que un exceso de razonamiento.

Puede cometer una estupidez el que no se rige más que por la emoción, pero tampoco es muy brillante quien cree que todos los problemas se pueden resolver de acuerdo con una secuencia aparentemente lógica. Esta es una de las razones por las que, al final de este libro, se hallan varias observaciones «informales» al respecto de cómo simplificar la complejidad.